

porque en ella siempre hay algó de malo, de peligro y de escándalo; porque ella viene del espíritu maligno, y de nuestro enemigo que busca todas las ocasiones de hacernos caer; y porque procede de un mal principio que hay en nosotros: esto es, del orgullo, del fausto, de la presunción, de la cólera, de la obstinacion, del amor propio, de la avaricia y del interés... Examinemos, pues, nuestras palabras, y regulémoslas escrupulosamente con la celestial doctrina de Jesucristo, en cuyo tribunal debemos dar cuenta estrecha; sin que una sola se pueda escapar de su conocimiento y de su justicia.

*Petition y coloquio.*

Inspiradme, ó Dios mio, un religioso respeto á vuestro santo nombre, y á todo aquello que pertenece á Vos. ¡Ah! ¿por qué no puedo yo reparar con mis obsequios y con mi amor todas las blasfemias y todos los falsos juramentos que os deshonran, tanto en vuestro santo nombre, como en vuestras criaturas? Haced que honrándoos en Vos mismo, y en aquellas cosas que os representan, esté atento sobre todas mis palabras, de las cuales ninguna haya que no os glorifique. Concededme que os sirva con un cuerpo casto, y que evite todas las ocasiones de pecar, para que me haga agradable á vuestros ojos con la pureza de mi corazon. Hacedme la gracia de sofocar dentro de mí hasta los mas mínimos movimientos de cólera y de aversion. Imprimid en mi alma una ley de inalterable dulzura: dadme la resolucion de humillarme para reparar mis culpas: perdonadme todo aquello que he hecho, dicho, ó pensado contra la caridad, y concededme una exacta atencion para servirlos en adelante. Amen.

MEDITACION LIV.

CONTINUACION DEL DISCURSO EN EL MONTE.

(Math. v, 38 et seq.).

DE LAS OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO PARA CON EL PRÓJIMO EN TRES DIFERENTES OCASIONES.

Cuáles sean las obligaciones de un cristiano para con el prójimo injusto y violento: para con el prójimo indiscreto é importuno; y para con el prójimo enemigo y perseguidor: aprendámoslas de Jesucristo mismo.

PUNTO I.

■ *Obligaciones del cristiano para con el prójimo injusto y violento.*

«Habeis oido que se ha dicho, ojo por ojo, diente por diente. Pero yo os digo, que no resistais al mal...» La ley evangélica pro-

hibe á todo hombre privado la ley del talion; y sustituye reglas de perfeccion, que en ciertos casos llegan á ser de estrecha obligacion... La ley llamada del talion, por la que se hacia padecer al reo el mismo mal que él habia hecho á los otros, fue establecida por Moisés para regular el juicio de los magistrados; pero la autoridad que daba esta ley á los tribunales de la justicia, fue usurpada por los particulares: cada uno se arrogaba el derecho de poder hacer al prójimo todo el mal que habia recibido de él. Á este abuso opuso Jesucristo el precepto de no resistir á la injusticia y á la violencia. Es verdad que esta nueva ley de Jesucristo no prohíbe indiferentemente en todos los casos ni á todos los cristianos el recurrir á la autoridad pública para pedir justicia. Esta ley miraba especialmente á los Apóstoles y á los cristianos perseguidos, que muchas veces se han visto en la obligacion de practicarla literalmente; y aun hoy dia se pueden hallar en la misma obligacion los sucesores de los Apóstoles y los mismos cristianos. La obligacion, pues, que mira á todos es de revestirse del espíritu de esta ley, y de guardarse sobre todo de dar en los extremos opuestos... ¿No adoptamos nosotros por ventura las máximas que Jesucristo quiere aquí destruir? ¿No estamos acaso habitualmente dispuestos á dar mal por mal? ¿Cuántos hay que conservan la memoria de las ofensas hasta que se ofrece la ocasion de vengarse? Y ¿quién sabe si nos contentamos con dar segun la medida del mal recibido, aun en los términos de la ley antigua, ojo por ojo, diente por diente? ¡Ah! se siguen por lo comun las impresiones ciegas de la pasion y del odio, que no se contentan jamás con los términos de la moderacion... Examinemos aquí nuestro corazon, y reformémonos segun la ley del Evangelio, porque por ella serémos juzgados. Nuestro Señor despues de haberla propuesto así en general, la aplica á tres diferentes casos, y la explica con tres ejemplos.

1.º *Cuando seamos ultrajados hasta con golpes...* «Mas si alguno «te hiriere en el carrillo derecho, preséntale tambien el otro...» Confrontemos con esta máxima nuestra paciencia: si los ultrajes y malos tratamientos de que nos quejamos son de esta naturaleza, veamos con qué generosidad los debemos sufrir; pero si se trata de una palabra, de un gesto, de un mal semblante, de una cosa de nada que nos ofende, avergoncémonos de vernos tan distantes de la perfeccion del Evangelio, y de tener sentimientos tan opuestos á los de Jesucristo.

2.º *Cuando seamos despojados de nuestros bienes hasta dejarnos*

*perdidos y arruinados...* «Y á aquel que te quiere poner pleito, y «quitarte la túnica, cédele también el manto...» Comparemos nuestra conducta con esta máxima. Si los agravios que nos hacen llegan á este exceso, aprendamos con qué desinterés los debemos mirar; pero si nos dejamos llevar de nuestro natural, y prorumpimos en injurias por una palabra que ofende en un punto nuestro honor ó nuestra vanidad, ó por una pequeña pérdida, por un daño ligero, por la privación de una pequeña ganancia, que no nos quita aun nuestras comodidades; si hacemos formar procesos por cosas de poco valor, ó por un derecho de ninguna consecuencia, ¡ah! reconozcamos cuán léjos estamos de Jesucristo.

3.º *Cuando seamos molestados hasta ser tratados como esclavos...* «Y si uno te obligare á correr por una milla, vé con él otras dos...» Comparemos nuestros sentimientos con esta máxima: si se nos hacen vejaciones como esta, aprendamos con qué dulzura las debemos sufrir; pero si aquello que se nos manda, nos viene impuesto por la legítima autoridad; si es conforme á nuestro estado y nuestro empleo; si nos es cosa honorífica; si tiene por objeto el bien público, la gloria de Dios, y el alivio del prójimo; con lamentarnos como solemos hacer, damos bien á entender que hasta ahora nada hemos aprendido en la escuela de Jesucristo.

#### PUNTO II.

*Obligaciones del cristiano para con el prójimo indiscreto é importuno.*

1.º *Cuando se nos pide alguna cosa*, esta es la ley de Jesucristo que debemos observar: *da á cualquiera que te pida...* Aun cuando tu prójimo te pidiese un bien que fuese útil para tí, si él juzga que es conveniente para él, dáselo... Tu desinterés, tu caridad, y la observancia de la ley de Jesucristo serán para tí un bien infinitamente mas precioso que aquello que le has dado; pero si solo te pide un servicio, un socorro, un consejo, una palabra, una audiencia favorable, un momento de atención, ¿cómo tienes corazón para negárselo? Examinemos ahora cuántas repulsas damos cada día contra el espíritu de esta ley de desinterés y de paciencia que aquí nos da Jesucristo; y reflexionemos que nuestros desvíos son aun mas contra la ley de la caridad, si aquello que se nos pide es algun alivio necesario á la pobreza, al embarazo, ó á la angustia en que se halla el prójimo. Consideremos que estos son aun mucho mas contra la ley de la justicia, si aquello que se nos pide es una obliga-

ción de nuestro empleo ó de nuestro estado, ó una consecuencia de los empeños que hemos contraído; como si un acreedor nos pide aquello que le es debido, un criado que pide su salario, un operario ó un mercader que piden su paga.

2.º *En orden á dar prestado, esta es la ley de Jesucristo:* «y no «vuelvas, ni apartes la cara de aquel que te pide prestada cualquiera «cosa...» ¡Cuántos pretextos, cuántos rodeos, cuántas falsas excusas para desembarazarnos de aquellos que nos piden prestado! En todas estas excusas ¡cuántas mentiras! ¡qué mala voluntad! El prestar á usura es para el avaro un manantial de injustas riquezas; mas el préstamo hecho segun el espíritu del Cristianismo puede llegar á ser para el hombre fiel un manantial de méritos, cuyos productos serán tanto mas abundantes, cuanto son mas frecuentes las ocasiones de prestar; y tanto mas seguros, cuanto menos lisonjea esta buena obra el amor propio y la vanidad.

3.º *En otras muchas cosas tenemos aun obligacion de sufrir la indiscrecion y la importunidad del prójimo:* seamos, pues, compasivos y suaves; pues así nos lo enseña la ley de Jesucristo... No temamos ser engañados; porque si alguna vez llegamos á experimentar algun daño, nos lo recompensará el mismo Señor que dió la ley. Cuando nos hallamos en la imposibilidad de dar al prójimo lo que nos pide, mostrémosle á lo menos nuestra buena voluntad de servirlo y el dolor que tenemos de no poderlo hacer. Comencemos con no desecharlo con aspereza; guardémonos aun mas de darle en rostro con su indiscrecion, ó de hablar y lamentarnos con otros: en una palabra, entendamos bien el espíritu de esta ley de amor: regulémonos en todas las ocasiones con el prójimo, como con un hermano tiernamente amado: este es el espíritu de Jesucristo; vistámonos de él si queremos ser sus discípulos y participantes de sus mas íntimos favores.

#### PUNTO III.

*Obligaciones del cristiano para con el prójimo enemigo y perseguidor.*

«Habeis oído (*continúa Jesucristo*) que fue dicho, amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo... mas yo os digo: amad á vuestros enemigos...» Se abusaba de la ley antigua, que ordenaba destruir las naciones enemigas é idólatras, aplicándola á las privadas enemistades... La ley no mandaba aborrecer ni aun á los pueblos con quienes se hacia la guerra... La ley de Jesucristo no prohíbe á los pueblos cristianos el armarse para las guerras justas y necesari-

rias; pero prohíbe el aborrecer á alguno: manda amar á todos los hombres, aunque sean enemigos.

Lo 1.º *Un cristiano de nadie debe ser enemigo*: la enemistad puede estar en el corazón, en las acciones y en las palabras. *En el corazón*, cuando tenemos odio, antipatía, aversión y desprecio: cuando nos alegramos del mal, de la aflicción, ó de la humillación de una persona: cuando nos entristecemos del bien que se le hace, de su contento, y del éxito feliz de sus negocios... Al levantarse en nosotros estos sentimientos contra alguno, combatámoslos con fuerza, y no estemos tranquilos hasta que del todo los hayamos extirpado de nuestro corazón... *En las acciones*, persiguiendo, afligiendo, mortificando, destruyendo en cuanto es posible á aquel que no se ama. ¿Hay alguno que de esta manera sea el objeto de nuestra persecución?... *En las palabras*, contradiciendo, tratando descortés ó incivilmente, ofendiendo, criticando, censurando todo aquello que hace, dice ó emprende una persona que aborrecemos; descubriendo sus defectos, hablando de ellos, publicándolos, exagerándolos, ó calumniándola de otra manera... Cuando hablemos de alguno, preguntémonos á nosotros mismos: ¿hablaría yo así si este fuera un amigo á quien yo amase? Haciéndolo así, de nadie seremos enemigos. Si alguno nos creyese su enemigo, hagamos todos nuestros esfuerzos para desengañarlo; y no nos persuadamos con facilidad que alguno nos tiene aversión.

Lo 2.º *Un cristiano á nadie debe tratar como á enemigo*: «haced bien á aquellos que os aborrecen; y rogad por aquellos que os persiguen y calumnian...» Esto es, si teneis un enemigo que no podeis ganar, que manifiesta su odio contra vosotros, que os persigue, que os calumnia; su injusticia no debe alterar en vosotros la caridad; esta es vuestra obligación: *en el corazón* debeis amarlo: os debeis afligir de su mal, os debeis alegrar de su bien, y deseárselo otros mayores: *en vuestras acciones* debeis hacerle bien, si se ofrece la ocasión, ayudarlo, socorrerlo, prevenirlo, tratarlo siempre con buen modo: *en vuestras palabras* solo el bien debeis hablar de él; jamás lamentáros de su mal proceder con vosotros: hablando con él lo debeis hacer con dulzura y en términos que obliguen: finalmente debeis rogar á Dios por él, no solo por su conversión, en lo cual puede acaso haber alguna ilusión, sino tambien por su salud, por su prosperidad, por el feliz suceso de sus negocios. ¡Ah! si se observase siquiera una de las dos partes de estas reglas, ¡cuántas enemistades cesarian!

Lo 3.º *¿Cuál es el modelo del cristiano para llegar á esta perfección?*... Lo 1.º debe imitar un modelo divino: «para que seais hijos de vuestro Padre celestial que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos é injustos...» ¡Ah! nosotros, que nos lamentamos de la dificultad de cumplir la ley que nos intima Jesucristo de amar á nuestros enemigos, pensamos que somos cristianos, hijos de Dios, adoptados por Jesucristo. ¿Será acaso mucho el pedirnos que imitemos á nuestro Salvador? Pues veamos con qué bondad este tierno Padre hace resplandecer su luz, y esparce su rocío igualmente en favor de aquellos que lo sirven y de aquellos que lo ofenden... ¿No murió Jesucristo por sus enemigos? ¿no ha rogado por los que lo crucificaron? ¿Hasta cuándo hemos de hablar de nuestra flaqueza, sin hacer jamás cuenta con los socorros de la gracia?

Lo 2.º *El cristiano debe exceder un modelo humano*... «Porque si amais á aquellos que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo aun los publicanos? Y si saludais solo á vuestros hermanos, ¿qué cosa haceis de mas? ¿No hacen esto mismo los gentiles?...» ¡Oh! ¡qué modelo y qué ejemplar nos pueden ser los paganos, los gentiles y los publicanos!... Con todo eso, confrontémonos y comparémonos con ellos, y hallaremos acaso que no somos mas que ellos... Nosotros amamos á aquellos que nos aman; tenemos buen modo con los que hacen lo mismo con nosotros; fácilmente hacemos bien al que nos lo hace, ó de quien lo esperamos. Ahora, pues, obrando de esta manera, solo por nosotros mismos, solo por el mundo, y nada por Dios, ¿qué recompensa esperamos? y ¿qué? ¿no esperamos, por ventura, alguna? ¡Ah! no hemos llegado aun á este estado; pero ello es cierto, por lo menos, que si nosotros esperamos nuestra fortuna de los hombres, bajo la condición de amar al enemigo, nada nos costaría el amarlo: y ¿no hará impresion alguna en nosotros una recompensa eterna que podemos adquirir de Dios al mismo precio? ¡Oh! reflexionemos que si somos insensibles á las recompensas eternas que nos promete Jesucristo no podremos evitar los castigos eternos con que nos amenaza.

Lo 3.º *El cristiano en todas sus cosas se debe proponer un modelo universal*... «Sed vosotros perfectos, como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos...» Debemos tener siempre delante de los ojos las perfecciones infinitas de nuestro Padre celestial, no solo en esta materia, sino tambien en todas las demás virtudes, para obrar, juzgar y querer como él; y por esta conformidad de accio-

nes, de juicio y de voluntad, hacernos en todo semejantes á él. ¡Oh! esta sí que es una ley verdaderamente dulce, divina, y digna del Hijo de Dios que nos la da.

*Peticion y coloquio.*

Todo es posible con vuestra gracia, ó Dios mio, dádmela: yo os seré fiel ayudado de vuestros divinos auxilios; vuestra misma paciencia será la regla de la mia. No solo sufriré sin resistencia, sin quejas, sin amargura todo el mal que se me haga, sino que estaré dispuesto á despojarme, á dar prestado, á dar y á amar tambien á aquellos que me habrán hecho mal. Los amaré aun en el mismo tiempo que mas vivamente me muestren su odio: los amaré con un amor sincero y de afecto; les haré todo el bien que pueda, rogando á Dios que tambien se lo haga... ¿Qué hombre me podrá parecer odioso, cuando Vos os interesais en que yo lo ame? Y ¿creeré yo acaso que hago en esto mucho, á trueque de hacerme digno de pertenecer á Vos, como á mi Padre, por medio de la caridad que es el verdadero espíritu de los hijos de Dios? Así sea...

MEDITACION LV.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

(Matth. vi, 1-18).

DE TRES SUERTES DE OBRAS BUENAS.

1.º Respecto al prójimo, el sacrificio de nuestros bienes con la limosna; 2.º respecto á Dios, el sacrificio de nuestro espíritu con la oracion; 3.º respecto á nosotros mismos con el sacrificio del ayuno.

PUNTO I.

*Respecto al prójimo, el sacrificio de nuestros bienes con la limosna.*

«Mirad que no hagais vuestras buenas obras en la presencia de «los hombres con el fin de ser vistos por ellos; de otra manera no «seréis premiados por vuestro Padre que está en los cielos...» esto es, huid atentamente los escollos de la vanidad. Las buenas obras que haceis, como la limosna, la oracion y el ayuno, no las hagais en presencia de los hombres para ser vistos y para haceros notar: de otra manera serán para vosotros perdidas, y no os merecerán alguna recompensa de vuestro Padre que está en los cielos... Este precepto no es opuesto al otro que arriba dió Jesucristo, de edificar al prójimo con nuestras buenas obras; porque en un hombre que

vive bien hay siempre muchas obras buenas que no se pueden esconder. Por otra parte, aun en las buenas obras, que se deben hacer públicamente para edificar ó para evitar el escándalo, no se necesita buscar la propia gloria, sino únicamente la gloria de Dios y la edificacion del prójimo. Ahora, pues, el medio mas eficaz para asegurarse en estas ocasiones de la rectitud de nuestras intenciones, y de hacer muchas buenas obras en secreto entre Dios y nosotros, y fuera de la vista de los hombres, es el que enseña Jesucristo... «Cuando haces la limosna, no suenes la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para ser «honrados de los hombres; os digo en verdad que estos ya han recibido su premio: mas cuando tú hagas limosna, no sepa tu «nuestra lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea secreta: «y tu Padre que ve en lo oculto te recompensará por esto...»

1.º *Se necesita hacer la limosna...* Jesucristo supone que nosotros conocemos este precepto, y que lo cumplimos; pero consideremos aquí con atencion cómo lo cumplimos: la limosna que nosotros hacemos ¿corresponde á nuestras fuerzas? Consideremos primeramente que todo lo que tenemos nos lo ha dado Dios, Padre comun de todos los hombres. Sea, pues, mucho ó poco lo que él nos ha dado, él quiere que demos parte de lo que tenemos á aquellos hermanos nuestros que tienen aun menos que nosotros, y que están necesitados. Si nos ha llenado de bienes, no es ya para que los consumamos en el lujo, en el juego, en los placeres, y en mil cosas superfluas, mientras nuestros hermanos están en necesidad y en la miseria. ¡Oh! ¡y cuántos gastos inútiles pudiéramos excusar si quisiéramos socorrer á los pobres! Nada debíamos gastar para nosotros, sin hacer participantes de ello á los pobres... Segundo... Dios recompensa la limosna; él ve lo que damos, ve aquello de que nos privamos, ve la manera y la generosidad con que lo damos... Es infinita y eterna la recompensa que nos destina. Ninguno premiará los gastos que hacemos para nosotros; estos van perdidos, perecerán todas nuestras riquezas, y conservaremos solo aquello que hubiésemos dado á Dios y por Dios... ¿Practicamos una obra tan excelente? ¿Estimulamos tambien á practicarla á aquellos que dependen de nosotros? ¿Les hacemos conocer sus ventajas? Deben los padres cristianos acostumar á sus hijos desde la primera edad á dar la limosna: no son capaces de otra cosa entonces aquellas tiernas manos que de esta buena obra; y su corazón no será jamás tan capaz de recibir sentimientos de compasion por las miserias del prójimo.

La herencia mas preciosa que se les puede dejar es formar en su corazon la caridad, hacerla crecer en ellos con los años, y hacerles aprender el uso mas glorioso y mas útil de las riquezas.

2.º *Se necesita hacer la limosna, sin buscar en ella la estimacion y los aplausos de los hombres...* Comprar la estimacion de los hombres al precio de la limosna, es comprarla bien cara; pues es comprarla al precio del cielo mismo, que debia ser la recompensa de la limosna. ¡Oh! ¡cuántas buenas obras nos hace perder el veneno de la vanidad que en ellas se introduce! Examinemos cuántas cosas hacemos para ser estimados y aplaudidos de los hombres: reflexionemos que todo esto está ya perdido para nosotros, sin que jamás podamos esperar recompensa alguna de Dios. ¡Ah! ¡qué pérdida! ¿No es una necedad hacer en si toda la obra de virtud, y perder al mismo tiempo todo el mérito?

3.º *Se necesita hacer la limosna sin tener vanidad en nosotros mismos...* Escondamos á nuestros propios ojos nuestras buenas obras, no reflexionando sobre ellas y olvidándolas; ó pensemos en ellas solo para reprendernos de lo poco que hacemos por Dios, la frialdad con que lo hacemos, y el poco amor con que animamos nuestras operaciones: busquemos por testigo de nuestras obras solo á aquel que ha de ser el juez: si nosotros ahora las tenemos escondidas, aquel Padre celestial, que todo lo ve y todo lo premia con liberalidad, las hará conocer el día de la recompensa á todo el universo junto; y entonces cuanto menos de gloria hubiésemos buscado en la tierra, la recibiremos con mayor abundancia en el cielo.

## PUNTO II.

### *Respecto á Dios, el sacrificio de nuestro espíritu con la oracion.*

Tres defectos que debemos evitar en la oracion. 1.º *La hipocresía...* «Y cuando hagais oracion no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pié en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres: en verdad os digo, que ya han recibido su premio...» La hipocresía incluye la singularidad, la ficcion y el respeto humano. Para evitar la singularidad hagamos las oraciones públicas en los lugares destinados para esto; roguemos con un semblante y con un exterior modesto, como lo hacen las personas de sólida piedad, sin afectacion y sin alguna de aquellas maneras capaces de llamar sobre nosotros los ojos y la atencion de otros... Para evitar la ficcion tengamos cuidado de orar efectiva-

mente cuando estemos en el lugar de la oracion, y en postura de quien ora; de otra manera, nosotros engañamos... Para evitar el respeto humano, oremos porque estamos en la presencia de Dios, y no porque nos ven los hombres; de otra manera perdemos todo el fruto de nuestras oraciones. ¡Oh! ¡y cuántas oraciones perdidas! ¡cuántas oraciones hipócritas! Oraciones de presencia, oraciones de cuerpo, oraciones de lengua, en que el corazon no tiene parte alguna: fantasmas de oracion, pura ilusion, tiempo perdido, recompensa perdida. ¡Ah! reparemos lo pasado con sinceras y verdaderas oraciones.

2.º *La disipacion...* «Cuando tú harás oracion entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora á tu Padre en secreto: y tu Padre que ve en lo secreto, te dará la recompensa...» Ó sea que oremos en casa, ó sea que oremos en la iglesia, se debe evitar toda disipacion y distraccion. Queriendo orar en casa, elijamos un tiempo libre, entremos en nuestra cámara, cerremos la puerta, y aquí solos con Dios, no pensando en otra cosa, despues de ponernos en su presencia, como si en el mundo estuviera solo él y nosotros, no teniendo otra cosa delante de nuestros ojos, enderecémosle nuestras súplicas; hablémosle con el mayor secreto y con lo mas íntimo de nuestro corazon... ¿Quién sabe si jamás hemos probado á orar de este modo? ¡Ah! ¿cuántas horas, en que no tenemos ó sabemos qué hacernos, ó que empleamos inútilmente, podríamos consagrar á un ejercicio tan santo? El tiempo no se habria perdido: Dios nos veria en esta soledad, y nos prepararia una recompensa en el cielo, y nos daria un gusto anticipado sobre la tierra por medio de las internas consolaciones de que habria inundado nuestra alma... Orando en el lugar público de la oracion, entremos en el secreto de nuestro corazon; cerremos todas las puertas de nuestros sentidos, no oyendo nuestros oidos otra cosa que el servicio divino, no viendo otra cosa nuestros ojos que las sagradas ceremonias que lo acompañan, no profiriendo otra cosa nuestra lengua que las alabanzas divinas que se cantan: aquí nos verá nuestro Padre celestial, aquí nos distinguirá, aquí nos recompensará. ¡Oh! ¡y cuán comunes son las quejas, á proporcion de las distracciones que nos sobrevienen en el tiempo de la oracion! Pero ¿qué hacemos nosotros para impedir las? Nos ponemos en oracion sin preparacion, sin precaucion, y aun sin pensar en lo que vamos á hacer; pensando solo en hacer todo lo posible por desocuparnos de una obligacion que nos pesa: vamos á la oracion con un corazon todo disipado, lleno de mil profanos ob-

jetos que de ninguna manera procuramos desechar de nuestro espíritu ; en el lugar de la oracion nos tomamos la libertad de verlo todo , de notarlo todo ; allí nos atrevemos á hablar , allí entablamos conversacion , y despues nos lamentamos de las distracciones. ¡ Ah ! lamentémonos de nosotros mismos. Nuestro Padre conoce , si , conoce nuestra debilidad , y excusa las distracciones que no tenemos enteramente libertad de evitar ; pero aquellas que provienen de nuestra flojedad , de nuestro poco respeto y de nuestro poco amor á él , no podrán jamás excusarse en su presencia.

3.º *La multitud de nuestras palabras...* « No querais en vuestras oraciones usar de muchas palabras , como los gentiles , que piensan « que por mucho hablar serán oídos... » Nos prohíbe Nuestro Señor en estas palabras la abundancia de las palabras en nuestras particulares peticiones , como contrarias al espíritu de la misma oracion. Un corazon humilde y aniquilado habla poco ; cuanto mas se habla menos se ora. No saliendo del corazon las palabras que se pronuncian , es lo mismo que si no se orase : el discurso y la oracion son dos cosas muy diferentes ; aquel es obra de la imaginacion y del espíritu , esta del corazon , y de un corazon que siente sus necesidades. La oracion debe estar principalmente compuesta de sentimientos mas que de palabras. Por otra parte , la peticion es sola una parte del ejercicio que se llama oracion. La oracion , fuera de esto , contiene alabanzas , ofrecimientos , adoracion , accion de gracias ; esto se hace con el canto de los salmos , y de los himnos y de los Libros santos , con toda la liturgia ó el oficio de la Iglesia : la prohibicion de Jesucristo no se debe aplicar á la oracion tomada en este sentido , sino á aquella que cada uno hace á Dios para pedirle aquellas cosas que necesita ó alguna gracia particular ; esto es , Nuestro Señor prohíbe el multiplicar las palabras con ideas semejantes á aquellas de los paganos. Los paganos no tenian de sus falsos dioses aquellas ideas que nosotros debemos tener del verdadero Dios... Creian que sus dioses podian estar ausentes y muy léjos de ellos ; no los consideraban informados de sus necesidades , y siempre dispuestos á socorrerlos y á aliviarlos. Pensaban , pues , de darse á entender á fuerza de palabras para moverlos y alcanzar de ellos el efecto de sus súplicas. Pero no es así de nuestro Dios , de nuestro Padre : él está siempre presente , él oye en todo lugar , ve nuestros deseos , conoce nuestras necesidades y quiere socorrernos. « No seais , añade Jesucristo , como estos , porque vuestro Padre sabe antes que le pidáis « de qué cosa teneis necesidad... » ¡ Qué bello motivo de amor y de

confianza para nosotros ! Finalmente , aunque Dios conoce nuestras necesidades , y quiere librarnos de ellas , pretende con todo eso que le supliquemos , para tenernos en una dependencia saludable , para conservar en nosotros la humildad por medio del conocimiento que debemos adquirir de nuestras mismas necesidades , á fin de exponerlas , y para establecer entre él y nosotros un comercio lleno de fe , de amor , de confianza y de accion de gracias. Oremos , pues , con fervor y con perseverancia.

NOTA. La oracion del *Padre nuestro* la reservamos para la meditacion siguiente.

### PUNTO III.

*Respecto á nosotros mismos , el sacrificio de nuestro cuerpo con el ayuno.*

« Y cuando ayuneis , no os pongais tristes como los hipócritas ; « porque desfiguran sus rostros para dar á entender que ayunan. « En verdad os digo , que han recibido su galardón : mas tú cuando ayunas unge tu cabeza , y lava tu cara , para que tu ayuno no « sea manifiesto á los hombres , sino á tu Padre celestial , el cual está « en el secreto : y el Padre celestial que lo ve en el secreto te dará « la recompensa... » Tres suertes de tristeza se deben aquí huir :

1.ª *Tristeza de vanidad , para ser alabados por la penitencia que hacemos...* Queremos hacer saber á los hombres que ayunamos ; ó si el ayuno es público y de precepto , queremos hacer ver que nos cuesta mucho , que somos generosos y mortificados , y que tenemos fervor y mérito en ayunar. De esta manera con la mortificacion misma que inspira la vanidad sacrificamos nuestro cuerpo al demonio. ¿ Qué cosa ve , pues , el divino Criador en este cuerpo desfigurado por satisfacer al orgullo y ganarse la estimacion de los hombres ? No ve otra cosa que una imágen orgullosa del demonio , un espíritu doble , un corazon infiel , una alma de un hipócrita.

2.ª *Tristeza de fingimiento y disimulo , para hacer que nos dispensen de la penitencia...* Nos mostramos débiles y abatidos á los ojos de los hombres , para que juzguen que estamos inhábiles para ayunar y necesitados de dispensa... Tenemos fuerzas para abandonar á los placeres tumultuosos , mas á propósito para desconcertarnos la salud que el mas austero ayuno : entonces nos perfumamos , disimulamos nuestra edad , la propia vejez y la debilidad ; y estamos enfermos y lánguidos cuando la ley nos manda que ayunemos...

Hipocresía de una nueva especie, de la que mas que de la primera se dejan engañar hoy en día los cristianos.

3.<sup>a</sup> *Hay tambien una tristeza de sensualidad, para no experimentar el peso de la penitencia...* Nos lamentamos de la multitud de los ayunos y de las abstinencias de la Iglesia; nos lamentamos de la escasez de los manjares que contentarian nuestro gusto; nos lamentamos de cuanto puede mortificarnos en el ayuno; á las veces se trueca la naturaleza del ayuno, y se le hace que sea una ocasion de delicia y de sensualidad. Esto es ayunar delante de los hombres, pero no delante de Dios. El ayuno que Dios quiere, y que premia, es una verdadera mortificacion acompañada del espíritu de penitencia, de un corazon contrito y humillado: es aquel que se hace con intencion de satisfacer á la justicia de Dios, de castigarnos por nuestras culpas, y de sujetar una carne rebelde que ha sido la causa de ellas; es aquel con que nos privamos de los placeres de los sentidos para hacernos mas capaces de gustar de los del espíritu, y con que nos apartamos de las satisfacciones de este mundo para suspirar con mayor ardor por los bienes del cielo... ¡Oh! ¡cuántos ayunos, cuántas abstinencias perdidas! Porque en vez de hacerlas delante de Dios y con espíritu de penitencia, las hacemos delante de los hombres, por costumbre, por respetos humanos, y por no aparecer hombres sin fe y sin religion.

*Peticion y coloquio.*

¡Ah Señor! porque teneis tanta bondad de tener en consideracion las mortificaciones que me impone vuestra ley, no perderé ya jamás el fruto de mis penas: lo poco que yo hago, lo haré á lo menos con una intencion recta de agradaros y de santificarme; me aplicaré á orar bien; esto es, con fe, con atencion, con amor; asistiré á mis hermanos en sus necesidades; y no tendré, en cuanto esté de mi parte, mas testigo que Vos solo de mis limosnas, de mi oracion y de mi penitencia, para merecer así el premio y la recompensa en el cielo. Amen.

MEDITACION LVI.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

(Matth. vi. 9-15).

DE LA ORACION DOMINICAL, Ó SEA EL PADRE NUESTRO.

Antes de examinar las tres primeras peticiones que miran á Dios, y las otras cuatro que miran á nosotros mismos, consideremos los sentimientos con que debemos rezar esta oracion.

PUNTO I.

*De los sentimientos con que debemos rezar la oracion del Padre nuestro.*

1.<sup>o</sup> *Reconocimiento y fidelidad respecto á aquel que nos ha enseñado esta oracion: «Vosotros, pues, orad así...»* Admiremos la bondad infinita de Nuestro Señor, pues nos ha enseñado él mismo los términos con que quiere que le pidamos; y por haber extendido él mismo, por decirlo así, la súplica que quiere que le presentemos... Y ¿dudaremos aun despues de esto que no querrá recibirla, y que no querrá oirnos?... Esta oracion, teniendo un Dios por autor, no puede dejar de ser perfecta. Ella es, en efecto, el compendio de todo el Evangelio: incluye todo aquello que Dios ha pensado por nosotros, y todo aquello que debemos hacer por él. Contiene todas nuestras obligaciones y todas nuestras necesidades. Esta oracion debe regular todos nuestros pensamientos, nuestra vida y todos nuestros movimientos; de manera que nuestro corazon debe suspirar incesantemente por los objetos que en ella pedimos; y los debe desear continuamente sin tener otros deseos.

2.<sup>o</sup> *Amor y confianza en aquel Señor á quien enderezamos esta oracion...* Nosotros la enderezamos á Dios; pero ¿con qué nombre se nos manda que lo llamemos en nuestro socorro y en nuestra ayuda? No ya con el nombre de Señor, de Criador, de Juez, de Omnipotente, sino con el nombre de Padre. *Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro.* ¡Oh nombre lleno de dulzura y de amabilidad! Llamamos á Dios nuestro Padre: Jesucristo mismo nos lo manda; él mismo nos da el derecho. Todas las veces que el Señor mismo habla de Dios en orden á nosotros, lo llama siempre: «Vuestro Padre... vuestro Padre os ve... vuestro Padre os recompensará... vuestro Padre «conoce vuestras necesidades...» ¡Qué gloria! qué felicidad! qué motivo de confianza!